Sangre guerrera

SAMARCANDA

Sangre guerrera

No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, ni su tratamiento informático, ni la transmisión de ninguna forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, por fotocopia, por registro u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del Copyright.

Derechos reservados © 2018, respecto a la primera edición en español, por:

© Verónica Valenzuela Cordero
© Editorial Samarcanda

ISBN: 9788417103491
ISBN eBook: 9781524303747

Producción editorial: Lantia Publishing S.L.
Plaza de la Magdalena, 9, Planta 3, 41001, Sevilla
www.lantia.com
IMPRESO EN ESPAÑA-PRINTED IN SPAIN

Sangre guerrera

VERÓNICA VALENZUELA CORDERO

Para Jorge, mi joven genio.

Tú inspiraste esta novela

Vagabundo y errante serás sobre la Tierra.

Génesis 4:12.

Capítulo 1
El comienzo

Madrid
Verano de 2005

El llanto de un niño resonó en la casa de estilo castellano, interrumpiendo el descanso del hombre que corría por el blanco pasillo en dirección a la habitación infantil adornada con osos azules en la pared. Cogiéndole entre sus brazos, le acunó con ternura susurrándole una nana:

La luna juega entre las nubes,
y las estrellas,
soplan la brisa,
para que duermas...

El bebé clavó sus enormes ojos oscuros en el rostro de su padre, riendo al alcanzar un mechón de sus cabellos castaños. Su cabecita apenas cubierta por pelusas rubias, tenía rechonchas mejillas que le daban un aire travieso. La boca de labios finos y la nariz chata, hacían las delicias del hombre que se lo comía a besos.

—Jorge, tesoro. No tengas miedo, estoy aquí —le tranquilizó, henchido de orgullo mientras acariciaba suavemente su carita.

El semblante de Miguel Aguirre se iluminó de felicidad ante la alegría del pequeño que escuchaba, atento, la melodía

infantil del carillón musical con peluches de ositos, colocado sobre su cuna.

Por fin, se tomaba un par de semanas de vacaciones para disfrutar de su bebé. Llevaba tres meses perdido en la investigación policial de varios asesinatos que solo podían ser obra de un sádico. Desde el barrio de Malasaña hasta Chueca, en una larga procesión de muertes sin sentido, habían encontrado tirados en oscuros callejones de garitos de mala muerte hasta diez cadáveres de chicos y chicas jóvenes. Ninguno de ellos tenía familia que hubiera solicitado sus restos y la mayoría había caído en las garras de las drogas.

Miguel se devanaba los sesos con las pruebas de ADN recogidas por sus compañeros de la sección científica a la que él mismo pertenecía, en las que no se detectaban huellas humanas, como si los autores fueran auténticos fantasmas. Las víctimas aparecían desangradas al límite, con desgarros en las muñecas y el cuello.

Manuel, uno de sus compañeros más bromistas, había insinuado que, tal vez, las leyendas eran ciertas: la falta de ingentes cantidades de sangre que tendrían que haber empapado los cuerpos en un charco bajo ellos, heridas en el cuello...

¿Vampiros en Madrid?, recordó lo que había pensado, desechando tal memez.

Acostando al bebé profundamente dormido en la cuna, volvió a su habitación. Esta resultaba extremadamente cómoda, de madera color miel y disponía en el lecho de un frontal tallado en forma de cadeneta, bajo un cuadro de la Venus, y de un espejo colgado en la pared. Un par de mesillas de doble cajón y el armario blanco de tres puertas, que su esposa había pintado con detalles de hojas de parra para que resaltaran con el blanco de los visillos de las ventanas. Era su pequeño refugio en el que desahogarse.

Sentado en la cama siguió dándole vueltas en la cabeza al caso de los chicos. El trabajo era su vía de escape porque necesitaba un respiro, después de la tragedia que se abatió sobre su vida cinco meses atrás.

A veces le parecía estar soñando, que Mirella entraría en su dormitorio para darle un abrazo y un dulce beso en los labios. Aún recordaba el delicioso aroma del perfume de rosas que usaba, embriagando todo el salón a su paso antes de salir a las rebajas esa tarde de diciembre.

Un rato después le llamaba al móvil, comprobando que Jorge había cenado el biberón, y él le regañó para que se tomara la tarde tranquila liberándola del cuidado de su hijo, para que pudiera salir con una amiga a tomar un café.

Fue la última vez que escuchó su cálida voz.

Esa noche, uno de sus camaradas del cuerpo se presentó en su casa con la noticia más amarga que había recibido en su vida: su esposa había sido herida con una puñalada mortal, cuando la atracaron a la salida del metro al regresar a casa.

En pocas horas, había perdido a la única mujer que le había amado durante quince años, quedándose solo con una criatura de apenas un mes.

Rememoró en su mente lo hermosa que era con el cabello rubio y lacio hasta media espalda, los ojos negros de espesas pestañas, una boca jugosa que adoraba besar y aquel cuerpo menudo y esbelto de piernas interminables que Miguel tanto adoraba, mientras las lágrimas corrían en hileras por sus mejillas. Siempre sería la única mujer de su vida, la que más amaría en la faz de la Tierra.

Cada noche, después de atender a su hijo, y encerrarse en su cuarto a solas, se derrumbaba. A veces se quedaba dormido, agotado de llorar hasta la madrugada con un dolor inmenso en el alma de echarla de menos. Ella había sido su

fuerza y su valor... Ahora, se sentía perdido y asustado como un niño, enfrentándose a una vida sin ella.

Su pasado tampoco había sido una bendición. Miguel fue abandonado en la puerta de los jesuitas de la calle Maldonado a los pocos días de nacer, por una madre drogadicta de la que nunca supo el paradero, siendo criado por los curas de un orfanato hasta los dieciocho años. Su padre, un camionero alcohólico, se había desentendido de él, como descubrió años más tarde, aunque había accedido a regañadientes ante los curas, cediéndole su apellido, cuando lograron encontrarle con ayuda del obispo.

Ellos le aconsejaron que entrara en la policía porque siempre tuvo un profundo sentido de la justicia y la lealtad.

Había perdido la noción del tiempo con la nostalgia del recuerdo de los hermosos ojos de su esposa, hasta que un golpe sordo en la cristalera del salón le devolvió al presente. Asomándose por la ventana del dormitorio no vio a nadie en el jardín trasero, pero su instinto le previno de un peligro.

Tomó al bebé de su cuna, lo metió en su capazo y, escondiéndolo en el armario con la puerta entreabierta para que pudiera respirar, se dirigió al salón cruzando el largo pasillo a oscuras. Algo le decía que estuviera alerta.

Se maldijo por olvidar la pistola en la mesilla de noche. Por suerte, seguían ancladas en la pared sus espadas de esgrima, por si necesitaba usarlas, y que debería guardar cuando Jorge diera sus primeros pasos.

Aún faltan seis meses al menos, pensó agudizando el oído.

Al cruzar el recodo y entrar al salón encendiendo la luz, el aire se cortó en sus pulmones ante la visión que apareció de improviso. Tres figuras encapuchadas con túnicas de terciopelo azul se materializaron frente a sus atónitos ojos, pasando de ser una leve bruma a cuerpos tangibles.

Miguel se puso en guardia, pero la academia de policía no le había preparado para ese combate. Un estremecimiento le recorrió la espalda, intentando comprender lo que estaba viendo y que no podía ser real. ¿Estaría soñando en su cama?

—Te has acercado demasiado a nosotros, mortal. Pagarás un alto precio —le advirtió uno de ellos, con una voz gutural que le heló la sangre en las venas.

Cuando la otra figura más alta se plantó ante su rostro, su fétido aliento le hizo tener arcadas, pero su instinto se impuso al terror. De un salto, alcanzó uno de los floretes de la pared y, con un movimiento preciso, Miguel le embistió clavándoselo a la altura del pecho.

La criatura la extrajo muy despacio entre sus manos de afiladas uñas, riendo a carcajadas ante la cara de estupor del policía y partiéndola en pedazos.

—Estúpido humano, ¿no recuerdas que en las películas debes llegar al corazón? —susurró, atrapándole por el cuello con una mano y lanzándole con una fuerza imponente sobre la mesa de cristal.

El vidrio estalló en pedazos, esparciendo varios trozos que le hirieron en los brazos y en el pecho a través de la camiseta blanca, en la que aparecieron ríos de brillante carmesí.

A la vista de la sangre, el trío arremetió contra el aturdido hombre, descubriendo las capuchas. Rostros pálidos como el mármol de belleza etérea le contemplaron con ojos sobrenaturales del dorado al negro más brillante, perdiéndose sin remedio en aquellos oscuros abismos, mientras en su mente escuchaba una voz imperiosa que le taladraba el cerebro:

Ríndete a la sabiduría, Aguirre.

De los abiertos labios de las criaturas, surgieron afilados colmillos que bebieron de sus heridas con avidez, mientras

Miguel forcejeaba atrapado en aquellas fuertes garras que no le daban un segundo de respiro, cayendo en un peligroso sopor que le dominaba y obligándole a olvidar todo lo que conocía, incluidos sus recuerdos más preciados que se disolvieron como lágrimas en el viento. Su mente se volvió oscura e impenetrable como la noche, la que sería su fiel compañera en el transcurso de los siglos.

El padre Javier Ortiz se sobresaltó con el timbre del teléfono que rompió la tranquila madrugada.

—¿Diga? —respondió, frotándose los ojos, somnoliento.

Un suspiro, seguido de un resuello, se escuchó al otro lado del auricular.

—Ve... a mi casa..., Jorge...

—Miguel, ¿qué te ocurre? —le reconoció, notando un nudo de aprensión en el estómago.

—Está escondido... en el armario de mi cuarto. Tengo una llave, bajo la piedra junto a la puerta —resopló, extenuado, al acabar la frase.

—¿Dónde estás?

—En la estación de metro... de Serrano. Siento tanto... dolor —musitó sin apenas fuerzas.

—Voy ahora mismo a por ti.

—No, primero..., mi hijo —gimió con la respiración entrecortada.

—No te muevas de ahí, recogeré a Jorge y lo traeré a la residencia. Estaré contigo lo más rápido que pueda. Aguanta un poco, Miguel.

—Me han hecho algo horrible... —Soltó un quejido que dio escalofríos a su amigo.

—Tranquilo, te ayudaré. —Cortó la comunicación.

Los ojos negros del jesuita brillaron, temerosos, al acabar la conversación. La voz de su compañero de la infancia

despertó el instinto del guerrero, escondido durante años bajo el hábito.

En menos de una hora, llegó al hogar del hombre en la sierra segoviana. Encontró la copia de la llave bajo la piedra del sendero de la entrada, donde le había dicho. Abrió, apresurado, con las manos enguantadas para no dejar huellas a su paso, sin hacer caso de los cristales hechos pedazos en el suelo de baldosas grises y recorrió como una exhalación el comedor de piedra hacia el dormitorio del bebé. Separando del todo la puerta del armario, suspiró con alivio. El pequeño dormía satisfecho en el capazo.

Lo dejó en el sofá de cuero marrón frente a la chimenea y, entonces, notó aquel olor familiar que le erizó la piel. El olor de la eternidad, contra la que hombres de su orden llevaban luchando en secreto durante siglos. Y Javier formaba parte de ellos.

Se llamaban los Nómadas de Dios, ni siquiera la cúpula de Roma conocía su existencia: eran un linaje de soldados, preparados desde las Cruzadas para una batalla en las sombras, que el resto del mundo desconocía.

—¡Maldita sea, Miguel! Te has topado con mis enemigos —se lamentó con rabia.

Recogió todo lo necesario para el bebé de los cajones de la cómoda de su dormitorio y lo metió en su neceser, alejándole para siempre del que había sido su hogar, hasta entonces.

Oculto en el rincón más oscuro de la salida subterránea del metro, el policía sentía una agonía insoportable. Su cuerpo moría lentamente a pasos agigantados: los pulmones dejaban lentamente de inhalar oxígeno, el corazón disminuía su ritmo cada vez más despacio y el miedo a lo desconocido recorrió cada célula de su cuerpo, haciéndole enloquecer en una paulatina agonía.

Pero la muerte nunca le llevaría en sus brazos porque había escapado de su frío aliento y ya no volvería a ser humano.

En sus últimos instantes de cordura, recordó la imagen del príncipe frente a él cuando recuperó la conciencia:

Amarrado con grilletes a la pared de piedra de un húmedo sótano, iluminado por una lámpara redonda empotrada sobre el techo, abrió los ojos, despacio, creyendo que todo era una pesadilla. Pero una bofetada de realidad en la majestuosa forma de otra de aquellas horribles criaturas, le hizo compadecerse de su cruel destino.

Con más de metro ochenta, de rizados cabellos dorados y ojos azules como zafiros, el vampiro se acercó con una sonrisa ante el terror en los ojos de Miguel, mordiéndole en el pecho justo sobre el corazón hasta prácticamente desangrarlo y disfrutando de sus alaridos, dejándole solo un hilo de vida.

—¿No querías conocer la verdad sobre los asesinatos? Aquellos jóvenes nos sirvieron de alimento. Yo soy el placer prohibido que ellos buscaban. Tú también puedes tenerlo, solo toma mi esencia y sé libre.

Miguel se negaba a abrir los labios en una última prueba de resistencia, pero las gotas que el inmortal dejó caer en su boca al rasgarse la muñeca mientras le mantenía la cabeza quieta, le nublaron el último resquicio de razón que le quedaba. Una atroz sensación de hambre se abrió paso sobre el policía, destrozando sus entrañas al olor del preciado líquido que recorría las venas del vampiro, quien rozaba el rostro del humano con sus dedos tentándole a tomar lo que su cuerpo ansiaba. Aferrándose a la herida como un desesperado, sorbió con ansia, bebiendo aquel dulce néctar y deleitándose entre suspiros con el sabor más exquisito que había probado nunca.

Sentía que degustaba la misma esencia de la vida, que impregnaba cada vena de su cuerpo haciéndolo vibrar. Más